

Las dos caras de la “inflación importada”¹

Jorge Vasconcelos

jvasconcelos@ieral.org

Con la aceleración del arranque de 2011, los precios de los principales productos que exporta la Argentina han subido nada menos que un 108,2 por ciento en dólares desde principios de 2005, tomando las cotizaciones del mercado mundial. Se trata de bienes del sector agropecuario, combustibles y minería. El notable impacto positivo sobre la balanza comercial que acarrea este fenómeno tiene su contracara en la constante presión de lo que se denomina la “inflación importada”. Ha sido tan fuerte el envión de las últimas semanas que los principales socios de la Argentina, caso de Brasil y China, han comenzado a endurecer sus políticas monetarias y fiscales, subiendo tasas de interés, restringiendo el crédito y recortando el gasto público, lo cual enfriará parcialmente sus economías. Una cosa es el aterrizaje suave (lo esperado), pero otra muy distinta sería el aterrizaje brusco (un riesgo para no ignorar).

La suba de los precios internacionales de alimentos, combustibles y minerales domina la agenda por su continuidad y magnitud. El aumento referido de 108,2 % en seis años expresa un ritmo de 13 % anual en dólares en los principales productos que exporta y consume la Argentina (aunque en distintas proporciones) Si la cuenta se hace en pesos, se llega a una variación acumulativa de 18,8 % anual para las materias primas entre 2005 y 2011, ya que a la variación en dólares se suma la depreciación de la moneda local en el período.

¹ Artículo Publicado en el diario La Voz del Interior, el 20 de febrero de 2011

La percepción de que este escenario ha llegado para quedarse es un desafío para la política económica argentina. Es fundamental que los instrumentos que se utilicen para neutralizar los efectos inflacionarios no castiguen las posibilidades de inversión y producción en recursos naturales, de modo de poder aprovechar este contexto y, en todo caso, que las restricciones se originen sólo en factores ambientales y de sustentabilidad.

Desde el lado macroeconómico, se sabe que el alza de los commodities empuja la apreciación de las monedas de los países con abundantes recursos naturales, afectando la competitividad del resto de los sectores. Nuestro país, que debería aspirar a cadenas industriales y de servicios también pujantes, ha descuidado en los últimos años el principal instrumento para combatir el desalineamiento cambiario. Es el arma que utiliza Chile, basada en un robusto superávit fiscal estructural, que le permite adquirir divisas en el mercado para derivarlas a un fondo anticíclico. Sin ese mecanismo, la trayectoria del sector fabril se verá comprometida, porque todos los demás remedios que se intenten serán parciales y/o ineficaces. Hay que tener en cuenta que, a las presiones bajistas sobre el tipo de cambio y la elevada capacidad ociosa en países desarrollados, ahora se suma el riesgo de enfriamiento de mercados emergentes.

Por eso, a las intervenciones en el mercado cambiario con recursos fiscales genuinos (a la "chilena"), habrá que sumar instrumentos adicionales. Se necesitará también un plan de competitividad genuina, con incentivos tributarios y mejoras en los principales frentes, que van desde la infraestructura hasta las gestiones comerciales, pasando por la incorporación de tecnología y capacitación de recursos humanos.

El plan de competitividad genuina se fundamenta en el comportamiento del empleo. Pese a la recuperación de 2010, el número de obreros industriales hoy es 2,3 % inferior al del tercer trimestre de 2008.

Medidas defensivas como las recientes, que establecen trabas a las importaciones de determinados productos, pueden mejorar los balances de algún sector, pero de mediano y largo plazo no generan nuevos empleos. Esto porque los proyectos de inversión, para lograr la escala de producción requerida, necesitan del comercio intraindustrial entre países y de ciertas garantías de que ese intercambio no habrá de ser interrumpido. Debe verse a la inversión y a la creación de empleo industrial como eslabón de una cadena, que acepta ciertas regulaciones para evitar dumping y otras maniobras, pero que se resiente fuertemente si se superan límites.

Volviendo a la política fiscal, ésta no sólo es aconsejable en función de comprar dólares con recursos genuinos. También es clave para evitar que la “inflación importada” se propague, “corregida y aumentada”, al interior de la economía local. Sin ese instrumento, los gobiernos tienden a recurrir a mecanismos transitorios de contención de la inflación, congelando tarifas o tipo de cambio, con lo que se distorsionan los precios relativos, se complica el “día después” y se desincentiva la producción.

Obsérvese que, pese a la referida duplicación de los precios de las materias primas en el mundo, en el último quinquenio la cosecha agrícola de la Argentina ha permanecido estancada en torno a los 90 millones de toneladas (al margen de los avatares climáticos) mientras caía la producción de carne vacuna y de gas y petróleo.

No se trata sólo de evitar desgastantes (y frustrantes) intervenciones en los mercados, sino también de encarar nuevos proyectos por la positiva. Por caso, una investigación en curso de Anahí Tappatá, economista de Ieral, revela el increíble desaprovechamiento de las potencialidades de la presa de El Chocón, en la Patagonia, que fue diseñada no sólo para producir energía sino también para irrigar hasta un millón de hectáreas. Esto permitiría multiplicar las tierras bajo riego de la región, que actualmente suman 70 mil hectáreas, pero aquel proyecto permanece olvidado.

Los incentivos a la mayor oferta ayudarán a mantener la canasta de alimentos al alcance de las franjas más pobres de la población, pero el escenario de altos precios internacionales hace que también se necesite subsidiar la demanda de modo focalizado. En esta dimensión, ya existen planes sociales como la Asignación por hijo, que seguramente podrán perfeccionarse.

